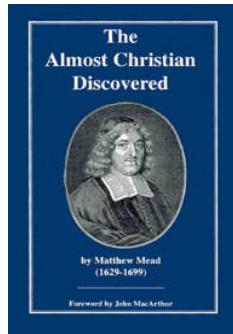


La Tragedia del Casi Cristiano

DEL LIBRO, “EL CASI CRISTIANO DESCUBIERTO”
DE MATTHEW MEADE, 1661



Hazte esta pregunta: ¿Soy un hijo de Dios o no? ¿Soy un cristiano sincero o un profesante hipócrita? ¿Vivo para la carne o para el espíritu? ¿En el viejo Adán, o en Cristo? ¿Bajo el pacto de obras, de ira y muerte, o bajo el de la gracia, de vida y paz?

Es muy peligroso no tener bien establecido en el corazón el fundamento de la gracia. Sin ello nuestro cristianismo no es nada; y muchos descansan sobre el falso fundamento de la apariencia religiosa, oyendo la Palabra sin obedecerla (St. 1.22).

Hay diferencia entre dones y gracia, conocimiento común y conocimiento salvador, fe común y fe salvadora. Y muchos, aunque tienen dones y conocimiento no tienen la gracia, ni conocen a Cristo Jesús. Estos pueden creer las verdades, las promesas, y las advertencias del evangelio, pero están bajo condenación. De igual manera, la moralidad y la decencia tampoco implican necesariamente gracia renovadora; y evitar el pecado no significa siempre un corazón renovado.

Por no entender estas cosas, mucha gente es “medio-cristiana,” como la imagen de Nabucodonosor, que tenía cabeza de oro pero pies de barro. Estas personas se apoyan en una falsa confianza y no examinan sus vidas para ver si están en fe (2 Cor. 13.5). Y Satanás, que las engaña con una fe falsa, tarde o temprano las va a reclamar como suyas para hundirlas en el abismo eterno. Peor aún, Dios mismo las juzgará en el día final, y ¿Cómo podrán soportar ese

juicio si fueron incapaces de examinar aquí su propio corazón?

Todos - cristianos y no cristianos - debemos examinar nuestro corazón, y si acaso encontramos corrupción y principios falsos y enfermos, debemos buscar la renovación. El que sabe que está enfermo, puede ir al médico a tiempo; pero, ¡qué trágico enterarse de la enfermedad cuando ya no hay posibilidad de cura! Sería una miseria irremediable llegar al día de la muerte o al juicio pensando que conocemos la gracia sin tenerla, creyéndonos cristianos sin serlo o confiados que iremos al cielo cuando vamos hacia al infierno. Es por eso que yo insisto en la importancia de examinar nuestra condición espiritual.

Y si tú preguntas, ¿Cómo puedo yo saber si soy “casi cristiano” o verdadero cristiano? ¿Cómo se puede llegar tan lejos y después descubrir que uno no es lo que pensaba ser? ¿Cómo saber si mis fundamentos son buenos, y soy cristiano de verdad?

Tú has aceptado a Cristo como el sacerdote que te redime y justifica, pero ¿le aceptaste como el rey que te santifica, y el profeta que amonesta? Los “casi cristianos” quieren la salvación del evangelio, pero no su santidad, aman los privilegios, pero no sus obligaciones; ellos, a pesar de su cercanía a Cristo, viven bajo sus propios términos, no los de Dios.

Los oficios de Cristo —sacerdote, profeta y rey—pueden ser distinguidos, pero no divididos. Y el verdadero cristiano recibe a Cristo en todos sus oficios: no sólo como salvador sino también como Señor. Él no sólo cree en Él, pero también vive como Él.

El cristiano verdadero obedece movido por el poder del perdón y la santificación. Su vida vieja ha sido sepultada y vive una nueva vida. La obra de la gracia en él es perfecta en todas sus partes (si bien no en toda su intensidad).

El “casi cristiano,” sin embargo, obedece con un corazón no-santificado, poniendo remiendo de paño nuevo en vestido viejo, lo cual hace peor la rotura (Mat. 9.16). Pero el verdadero cristiano ha sido renovado por la gracia en su corazón, en su mente, en su conciencia, en su voluntad y en sus afectos. Y en esto el “casi-cristiano” se queda corto; por eso, cuando ora, lo hace sin fe y fervor; cuando oye la Palabra, lo hace

descuidadamente, y por ello desagrada a Dios.

El verdadero cristiano vive en obediencia, no en base a su obediencia. El “casi- cristiano” descansa en sus obras, no en la fe. El verdadero cristiano respeta y guarda todos los mandamientos; no obedece uno y rechaza otro. El “casi-cristiano” falla en esto. Su obediencia es parcial: si obedece un mandamiento, quiebra el otro; y sólo obedece lo que no estorba su concupiscencia, lo demás lo hace a un lado. El verdadero cristiano hace a Dios su meta principal, el “casi-cristiano” nunca renuncia a sí mismo, ni tiene más meta que sus propios deseos.

Es peligroso ser “casi-cristiano” pues la conciencia se aquietá con esperanzas falsas. Y es muy peligroso aquietar la conciencia con cualquier cosa que no sea la sangre de Cristo.

†